

Cecilia Meireles: entre lo secular y lo sagrado*

Perfil de Cecilia Meireles

Huérfana de padre, Cecilia Meireles nació en Río de Janeiro el 7 de noviembre de 1901. Su madre, Matilde Benevidez, que ya perdiera tres hijos, la crió con devoción. Dos años y medio más tarde, sin embargo, habría de fallecer y la pequeña Cecilia quedaría a cargo de su abuela materna.

Tan llamativa es su trayectoria en la escuela primaria que en 1910, al finalizarla, recibió de manos del poeta Olavo Bilac, por entonces inspector escolar del Distrito Federal, una medalla de oro especialmente labrada para premiarla.

Los años no hacen sino confirmar sus sobresalientes aptitudes para el estudio. Los idiomas serán para ella una pasión indeclinable. Paralelamente a la formación musical que comienza en el Conservatorio Nacional de Río de Janeiro, aprende francés, español e inglés, y luego, en el transcurso de su juventud, italiano, alemán, ruso, hebreo y varios idiomas asiáticos.

En 1917, tras egresar de la Escuela Normal, se inicia como docente, y en 1919 publica *Espectros*, su primer libro de poemas.

Conoce, por entonces, al pintor portugués Fernando Correia Dias, radicado en Brasil desde antes de la Primera Guerra Mundial. Hombre afectado por profundas crisis depresivas y contrastantes estados anímicos, se casará con Cecilia Meireles en 1918 y compartirá con ella algunas de sus más ricas experiencias espirituales. De hecho, son suyas las interesantes ilustraciones que acompañan los textos de *Nunca mais... e Poema dos poemas*, libro aparecido en 1924.

El nacimiento de María Elvira, primera hija del matrimonio, constituyó un poderoso estímulo en la aproximación de Cecilia Meireles a la literatura infantil. A su labor docente y a su producción poética, añade entonces la escritora la elaboración de un libro que, poco después de su aparición, será adoptado oficialmente como texto de lectura en las escuelas. La obra se tituló *Criança, meu amor* (Niño, mi amor).

A la primera María, siguieron dos más: María Matilde y María Fernanda, y las tres habrían de convertir a Cecilia Meireles en abuela de una numerosa descendencia. El tercer libro vino a luz poco después de la última hija. Se tituló *Baladas para El-Rei*, y también lo ilustró Fernando Correia Dias.

* Capítulo V del libro *Los poderes del poeta. Poesía y Sociedad en el Brasil del siglo XX*. (Véanse los capítulos I a IV en los números 458, 459, 461 y 462 de Cuadernos Hispanoamericanos.)

A fines de la década del 20, las dificultades económicas de la pareja se vuelven agobiantes. Los prejuicios sociales de la época no logran conciliar la imagen de la profesora abnegada, imaginativa y tierna, con esa otra —inquietante— de la escritora de poemas que vive con un pintor. Así es como la imbecilidad puede más que la cordura y se le cierran a Cecilia Meireles las puertas de la Escuela Normal del Distrito Federal, a cuya cátedra de literatura aspirara con una brillante tesis titulada *O Espírito Vitorioso* (El espíritu victorioso). En 1929, encuentra, en cambio, solidariamente abiertas las páginas del *Diario de Noticias* donde mantendrá una columna cotidiana sobre educación.

Finalmente, en 1934 la Secretaría de la Municipalidad del Distrito Federal conoce un período de bonanza más liberal y propone a la poeta la dirección de un importante Centro Infantil. Cecilia Meireles acepta e inicia un ciclo de empresas pedagógicas memorables. Funda la primera biblioteca para niños de la ciudad y multiplica las actividades educativas y recreativas de la institución que orienta. Su esposo la secunda en todas estas iniciativas, con realizaciones decorativas y pictóricas que hacen las delicias de los pequeños y estimulan el desarrollo de su sensibilidad plástica. Se instala una discoteca, se imprimen poemas infantiles, acompañados por dibujos y fotografías que se distribuyen entre los niños, dando forma a un criterio de enseñanza y aprendizaje hasta entonces inédito en el Brasil. Pero nuevamente las intrigas políticas, la incomprensión y la envidia se encargan de obstaculizar el lúcido camino recorrido por Cecilia Meireles: el centro es cerrado bajo la acusación de que la biblioteca contenía libros peligrosos para la formación de los niños. Entre las «pruebas» que se daban de ello, figuraba *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain.

La escritora viaja entonces a Portugal donde ofrece una serie de conferencias sobre música y literatura del Brasil. Mientras tanto, las crisis depresivas de su marido se intensifican en frecuencia y profundidad, hasta culminar, dramáticamente, en el suicidio.

De regreso, sola con sus hijas, sin familiares a los que recurrir, Cecilia Meireles no cede a la desesperanza y enfrenta la lucha por la subsistencia a través de la cátedra universitaria y el periodismo. Entre 1936 y 1938 dicta, en la Universidad del Distrito Federal, literatura luso-brasileña y teoría y técnica literarias. En el periódico *A Manhã* (La Mañana) tiene a su cargo la columna de folclore. En el *Correio Paulistano* da a conocer sus primeras crónicas semanales. *A Nação* (La Nación) la contrata para escribir artículos culturales. Paralelamente, empieza a trabajar en el Departamento de Prensa y Difusión de la República, donde se desempeña como responsable por la revista *Travel in Brazil*. En 1939, su libro de poemas *Viagem*, editado en Portugal, recibe un premio de la Academia Brasileña de Letras que le confiere, por primera vez, renombre nacional. A partir de entonces comienza a crecer su prestigio literario. Entrevistada para el *Observador Econômico e Financiero* por Heitor Grillo, se casará con él al año siguiente.

Durante la Segunda Guerra Mundial viajó a los Estados Unidos y dictó cursos sobre literatura y cultura brasileña en la Universidad de Austin, Texas. Ya de vuelta y reorganizada su vida económica, Cecilia Meireles se consagró casi por entero a su obra poética y a los estudios complementarios que más le agradaban. Trabajaba tenazmente desde la mañana temprano hasta bien entrada la tarde. En 1942 publica *Vaga Música*; tres años después, *Mar absoluto*. Estuvo en Argentina. Conoció Uruguay. En 1949 aparece su *Retrato Natural*. En Holanda, donde la encontramos en 1951, escribe los *Doze No-*

turnos. Ese mismo año publica *Amor em Leonoreta. Doze Noturnos de Holanda e o Aeronauta* se editan en 1952. Tras una década de investigación y elaboración literarias da a conocer, en 1953, el *Romanceiro da Inconfidência*, indagación lírica de los sucesos que dieron forma al gran alzamiento nacionalista brasileño de fines del siglo XVIII.

Invitada a visitar la India por el primer ministro Nehru, participa en un simposio consagrado a la obra de Gandhi y recibe el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Delhi. Compuso allí los *Poemas escritos na India* difundidos en Río de Janeiro, así como sus versiones de Tagore y sus ensayos sobre Gandhi. En 1968, es decir póstumamente, aparecieron sus *Poemas italianos*, inspirados en la visita que realizó a la península, de regreso de la India.

Solombra, impreso en Río de Janeiro en 1963, es la última obra poética que publica. Al morir, el 9 de noviembre de 1964, los lectores de su patria ya habían reconocido en su trayectoria la presencia de una de las figuras descollantes de la lírica contemporánea del Brasil.

I

La crítica, al respecto, parece ser unánime: Cecilia Meireles no fue una autora modernista.

Si por modernismo se entiende el más radical de los movimientos ejecutados por la vanguardia intelectual de los años 20 y 30, a fin de poner la literatura del Brasil en consonancia con los nuevos problemas nacionales, entonces esa caracterización de Cecilia Meireles basta para descalificarla como autora representativa de su tiempo y de su nación.

¿Es justo que así sea? Sí, desde que el repertorio de tales problemas se agote en la comprensión que de ellos ofrecían los exponentes de la tendencia nacida en San Pablo en 1922. No, desde que admitamos que otras indagaciones podían resultar igualmente reveladoras de la contemporaneidad de un escritor y, por eso mismo, del compromiso por él contraído con su momento y con lo nacional.

Modernista fue, sobre todo, la necesidad de traducir y explorar la incipiente sensibilidad urbana, hija del proyecto industrial y del derrumbe de las estructuras oligárquico-latifundistas del siglo anterior. Cecilia Meireles creyó percibir, en la forma que empezaba a tomar el secularismo vigente a esa hora, los síntomas de un extravío ontológico fundamental. No por ello lamentó lo que se dejaba. Pero tampoco celebró lo que empezaba a encontrarse como si fuera sinónimo de una plenitud sin fisuras.

Este estudio se empeña en sostener que el rumbo seguido por Cecilia Meireles en la formulación lírica de sus intereses y preocupaciones, exige que se la sitúe tanto *fuera* del modernismo como *dentro* de la poesía contemporánea del Brasil, sin que una cosa vaya en desmedro de la otra.

Fuera del modernismo, porque la de esa corriente fue una propuesta centralmente empeñada en la promoción estética de inquietudes seculares. *Dentro* de la poesía contemporánea del Brasil, porque nadie como ella supo aprehender los conflictos nacidos de un anhelo de sacralidad incapaz de consumarse. Y no porque no haya habido en

el Brasil, durante la primera mitad del siglo XX, otros poetas religiosos de su talla, sino porque en ninguno la religiosidad asume rasgos artísticos tan inconfundibles: un misticismo que es, a la vez, avasallador e insuficiente; un lirismo que, en lo formal, alcanza cumbres hasta entonces sólo conquistadas, en lengua portuguesa, por la poesía lusitana; un nivel técnico que, gracias a su inteligente eclecticismo, supo nutrirse tanto en las fuentes de la poética medieval, como en las propuestas del barroco, las tesis parnasianas y simbolistas y las osadías del surrealismo.

Hablando de Rimbaud, en su notable *Estructura de la lírica moderna*, Hugo Friedrich recuerda que entre los procedimientos nuevos empleados por el autor francés sobresale el de tender, permanentemente, a la desarticulación de la captación lógica del objeto a través de la confusión intencional de sus elementos. También Darcy Damasceno, en *El mundo contemplado*, afirma que Cecilia Meireles tiene «la facultad de convulsionar la lógica discursiva, renombrar los seres, transfigurar sus atributos, confundirlos todos, y, del caos, extraer el orden de un nuevo mundo, donde las cosas renacen bajo el signo del artífice: se liquidifica el color, se sonoriza la luz, se corporifica el aroma y el aire se encrespa».

Justamente, Cecilia Meireles accede a la contemporaneidad por el modo como entiende su conflicto religioso; así como los modernistas acceden a la contemporaneidad por el modo como plantean sus problemas nacionales.

El modo en cuestión, tanto en un caso como en otro, atañe a los criterios literarios adoptados para dar voz a los temas concebidos como fundamentales. Y si digo *criterios literarios* es porque, de no ser así, la determinación de lo que en literatura debe caracterizarse como representativo o no de cada ciclo histórico, estaría restringido a la consideración de las propuestas temáticas, con lo cual la calidad de un poeta se mediría por la riqueza conceptual de sus ideas y no por su capacidad de plasmarlas estéticamente.

La certera concepción poética de su obra, permitió a Cecilia Meireles abordar uno de los grandes conflictos del siglo XX: el de la crisis de la fe religiosa en una comunidad afectada por un intenso proceso de secularización o, si se prefiere, en un medio donde las inquietudes seculares, si no son exclusivas, son en cambio absorbentes.

Para efectuar su propuesta, la escritora no adopta una postura valorativa; le basta registrar las oscilaciones de su propia sensibilidad, incapaz, por un lado, de arraigarse en el horizonte de la temporalidad finita y, por otro, de trascenderlo acabadamente.

Este juego de vaivenes y contrastes sin pausa, redundando en una filosofía lírica, si así puedo llamarla, de rasgos acentuadamente melancólicos que, sin embargo, no privilegia lo confesional o lo elegíaco, manteniéndose en un terreno de gran contención expresiva en el que la sugerencia siempre puede más que el desborde emocional.

A fin de ubicar satisfactoriamente a Cecilia Meireles en el panorama literario del Brasil actual, quizá convenga adentrarse en su trabajo por la vía de sus juicios y opiniones sobre el mundo en que le tocó vivir y la función que en él debe cumplir el arte. Veremos luego hasta qué punto y de qué manera esas ideas alimentaron su poesía.